

# LA CIUDAD SIN NOMBRE



**A**l acercarme a la ciudad sin nombre, supe enseguida que era un lugar maldito. Marchaba bajo la luna por un valle yermo, espeluznante, cuando la vi asomarse a lo lejos, entre los médanos, como se asoma un cadáver entre los escombros de una tumba profanada. Llegaba hasta mí la voz del horror desde las piedras gastadas de esa sobreviviente inmemorial del diluvio, antecesora de la más antigua de las pirámides. Un aura invisible me expulsaba, me obligaba a retroceder; había allí secretos tan primitivos, tan siniestros, que ningún ser humano debía verlos, y ningún ser humano se había atrevido a verlos jamás.

En lo más profundo del desierto de Arabia está la ciudad sin nombre, derruida y muda, con sus muros bajos semiocultos en la arena de los milenios. Ya era así antes de que se erigieran las primeras piedras de Menfis, y cuando aún no se habían cocido los ladrillos de Babilonia. No queda leyenda que la nombre o la recuerde viva, pero sobre ella se susurra alrededor de las fogatas y murmuran las ancianas en las tiendas de los jeques, de modo que todas las tribus la evitan, aunque no sepan bien por qué. Con este lugar soñó Abdul Alhazred, el poeta loco, una noche antes de cantar su inexplicable dístico:

*Nunca le llega la muerte a lo que por siempre yace  
y en extraños conos hasta la muerte muere.*

Debí haber supuesto que los árabes tenían buenos motivos para evitar la ciudad sin nombre, la que aparece en extraños relatos pero ningún hombre que esté vivo conoce; aun así me adentré en el desierto inexplorado con mi camello. Soy el único que ha estado allí, y por eso no hay ningún otro rostro con arrugas tan horrorosas como las mías, con estas marcas del espanto; por eso ningún otro hombre se estremece con tanto pavor como yo cuando el viento nocturno agita las ventanas. Cuando la descubrí, en la quietud atroz de su sueño eterno, ella me miró, mientras los rayos de una luna de

hielo la alcanzaban en el calor del desierto. Al devolverle la mirada, se esfumó mi satisfacción por haberla encontrado, y me quedé inmóvil con mi camello, esperando el amanecer.

Horas y horas esperé, hasta que el oriente se hizo gris, hasta que se apagaron las estrellas y el gris viró a una luz rosada, enmarcada en tonos dorados. Oí un gemido y vi una tormenta de arena que se agitaba entre las antiguas piedras, aunque el cielo estaba claro y nada se movía en aquel desierto infinito. De pronto, a través de la tormenta de arena que ya se disipaba, vi que sobre el lejano horizonte se alzaba el borde abrasador del sol; en mi estado afebrado, imaginé que desde alguna profundidad remota llegaba un clamor de metales, una música que celebraba la llegada del disco de fuego, igual que Memnón saluda al sol desde las orillas del Nilo. Me zumbaban los oídos, se exaltaba mi imaginación mientras avanzaba lentamente con mi camello hasta aquel lugar de piedras silenciosas; aquel lugar tan antiguo que no recuerdan Egipto ni Meroë; aquel lugar del que yo era el único testigo vivo.

Deambulé entre los cimientos derruidos de casas y palacios sin poder encontrar ningún grabado, ninguna inscripción que hablase de los hombres —si es que eso fueron— que construyeron la ciudad y la habitaron en tiempos tan remotos. Había algo siniestro en la antigüedad del lugar: tenía que descubrir alguna señal, algún indicio de que la ciudad había sido construida por seres humanos. Me inquietaban las *proporciones*, las *dimensiones* de las ruinas. Llevaba muchas herramientas, así que me puse a cavar entre los muros de esos edificios abandonados en el tiempo, pero no lograba avanzar demasiado, y nada importante aparecía. Cuando regresó la noche, y con



ella la luna, me atravesó un viento helado que me infundió un temor nuevo, y no pude quedarme allí. Mientras dejaba atrás aquellos antiguos muros, una pequeña tormenta de arena se levantó, susurrante, a mis espaldas; soplabla sobre las piedras teñidas de gris, aunque brillaba la luna y el desierto permanecía casi inmóvil.

Desperté justo al amanecer; había tenido unas pesadillas espantosas y ahora sentía un zumbido metálico en los oídos. Vi cómo se asomaba un sol rojo a través de las últimas ráfagas de una pequeña tormenta de arena suspendida sobre la ciudad sin nombre, que destacaba aún más la quietud del resto del paisaje. Una vez más, me adentré en esas ruinas ominosas, que sobresalían de entre la arena como el vientre hinchado de un ogro bajo una manta; cavé de nuevo en vano, buscando las reliquias de aquella raza olvidada. Al mediodía descansé; por la tarde bordeé los muros, recorrí las olvidadas calles, seguí los contornos de aquellos edificios desdibujados. Comprendí que la ciudad había tenido su época de gloria, y me pregunté por el origen de su grandeza. Imaginé los esplendores de una era tan lejana que ni Caldea podía recordarla; pensé en Sarnath la Maldita, que se alzaba en la tierra de Mnar cuando la humanidad apenas había nacido; pensé en Ib, cincelada en la piedra gris antes de que el hombre surgiese en la faz de la Tierra.

De pronto, me encontré en un lugar donde el lecho de roca se elevaba abruptamente de la arena formando un acantilado de poca altura; allí me regocijó la promesa de más vestigios de ese pueblo antediluviano.

Tallados toscamente sobre la pared del acantilado, se revelaban sin duda los frentes de unos refugios o templos de techos bajos; en su interior se ocultarían quizá muchos secretos de una época tan antigua que resistía el cálculo; en su exterior, las tormentas de arena ya habían borrado hacía tiempo cualquier inscripción que pudieran haber tenido.





Las oscuras aberturas que tenía a mi alcance eran muy bajas y estaban tapadas por la arena, pero despejé una con la pala y entré, casi gateando; llevaba conmigo una antorcha para alumbrar los misterios que se me revelasen. Una vez dentro, comprobé que aquella caverna había sido, sí, un templo: tuve ante mí señales muy claras de la raza que había vivido y practicado sus ritos en ese lugar, antes de que el desierto fuese un desierto. Encontré altares, pilares, nichos primitivos, todos de bajísima altura. Aunque no vi esculturas ni frescos, había unas piedras de formas muy extrañas, sin duda artificialmente esculpidas y convertidas en símbolos. Me desconcertaba la

baja altura de ese recinto tallado en piedra. Casi debía arrodillarme para no golpearme la cabeza, pero el lugar era tan grande que la antorcha apenas me dejaba vislumbrar una parte por vez, y dejaba el resto a oscuras. Me estremecí al iluminar algunos rincones alejados, donde los altares y las piedras sugerían ritos olvidados, repugnantes, indescifrables. Me pregunté qué clase de hombres habrían construido y frecuentado un templo semejante. Cuando terminé de recorrer el lugar y de ver todo lo que había en él, salí gateando de nuevo, ansioso por descubrir lo que había en los otros templos.

Anohecía, pero las cosas que había visto, tan palpables, hicieron que la curiosidad le ganase al miedo. Esta vez no huí de las largas sombras proyectadas por la luna, que tanto me habían aterrorado la primera vez que vi la ciudad sin nombre. En el crepúsculo, despejé con la pala la arena de otra de las aberturas; con una nueva antorcha, la atravesé gateando. Adentro descubrí más piedras y símbolos extraños, pero ninguno de ellos más revelador de los que había en el templo anterior. El techo era igual de bajo, pero este recinto era más pequeño y terminaba en un pasadizo estrecho, repleto de altares oscuros, enigmáticos. Los escudriñaba cuando el ruido del viento y el berrido de mi camello quebraron el silencio que me rodeaba, y debí salir a ver qué había asustado al animal.

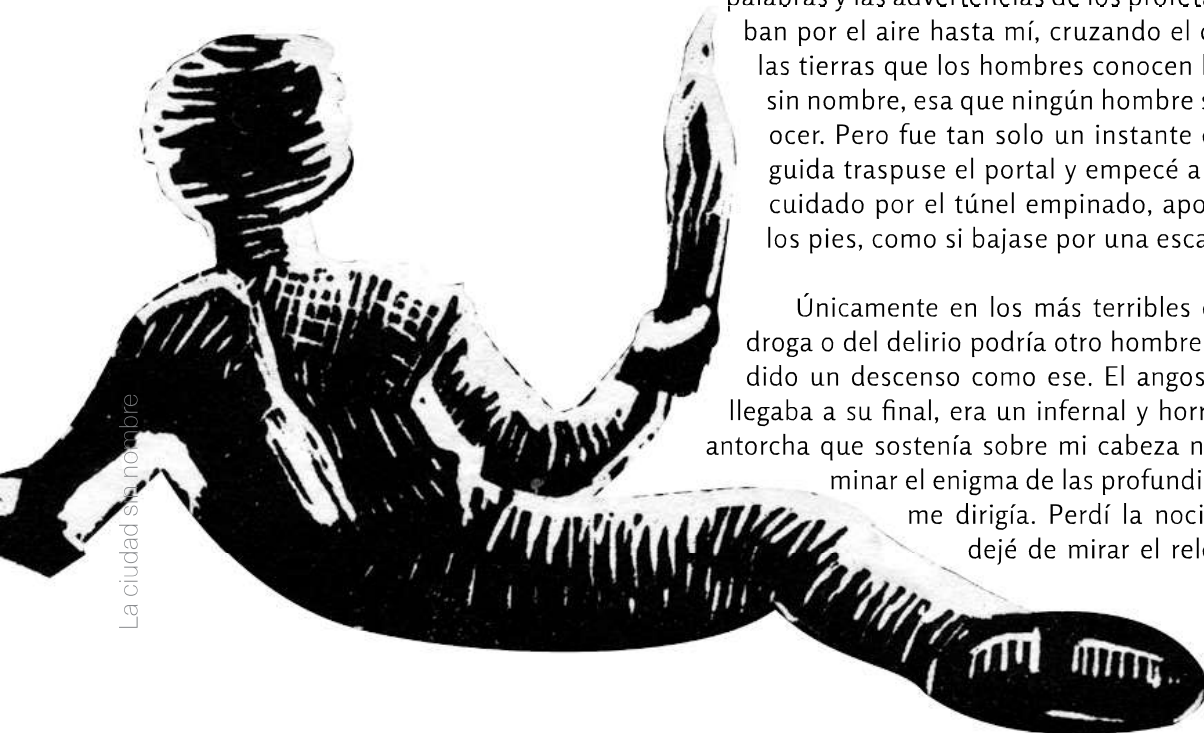
La luna brillaba vívidamente sobre las ruinas primitivas e iluminaba una compacta nube de arena nacida de un viento, al principio huracanado pero ahora cada vez más calmo, que venía del acantilado frente a mí. Supe que había sido ese viento helado, ese torbellino de arena, lo que había inquietado a mi camello. Estaba a punto de llevarlo a un lugar guarecido cuando elevé la mirada y noté que ya no soplaba ningún viento en el acantilado. Me quedé petrificado, volví a sentir miedo, pero enseguida recordé el viento repentino que ya había visto y escuchado en el amanecer y en el crepúsculo; me tranquilicé pensando que era un fenómeno normal. Supuse que provenía de la grieta de alguna roca que dejaba pasar el aire desde una cueva. Empecé a seguir con la vista el espiral de arena para rastrear su origen, y no tardé en descubrir que provenía del orificio negro de un templo lejano ubicado hacia el sur, que apenas podía divisar. Empecé a caminar hacia ese templo enfrentando la sofocante nube de arena. Al acercarme, descubrí que era más grande que el resto, y que su entrada estaba bastante menos tapada por la arena endurecida. Estuve a punto de entrar, pero la terrible fuerza de aquel viento helado casi apaga mi antorcha. El aire brotaba enloquecido del orificio negro, silbando ominosamente al agitar la arena y esparcirla sobre las extrañas ruinas. Pronto el viento empezó a calmarse; la arena se fue aquietando poco a poco hasta que todo quedó inmóvil nuevamente, pero yo sentía que una presencia acechaba entre las piedras espectrales de la ciudad. Cuando levanté la mirada al cielo, me pareció que la luna temblaba, como tiembla su reflejo en aguas turbulentas. No hay palabras de este mundo que logren explicar el miedo que sentía, pero ese miedo no logró detenerme, embriagado como estaba en mi deseo de ver más. Apenas llegó la calma, me introduje en el oscuro recinto del que había brotado aquel viento.



Tal como había imaginado desde afuera, este templo era el más grande de todos los que había visto hasta el momento; supuse que era una caverna natural, ya que los vientos debían proceder de alguna región interior. Esta vez no necesité agacharme, aunque las piedras y los altares eran tan bajos como los de los otros templos. En los muros y en el techo, observé por primera vez ciertos rastros del arte pictórico de aquella antigua raza: unas extrañas ondas, de trazo muy borroso, descolorido; en dos de los altares vi, con creciente exaltación, un laberinto de relieves curvilíneos realizados con maestría. Al alzar la antorcha, me dio la impresión de que el techo tenía una forma demasiado regular para ser natural. Me pregunté cómo habrían trabajado los prehistóricos obreros; su habilidad técnica debía haber sido inmensa.

Entonces, la llama de la antojadiza antorcha brilló con más intensidad, iluminando aquello que buscaba: la entrada a esos abismos más profundos, el lugar de donde provenía aquel extraño viento; casi desfallezco al ver que era una pequeña puerta *artificial*, tallada en la roca sólida. Metí la antorcha a través de ella: vi un túnel negro de techo bajo y abovedado, y en él una larga escalera que descendía en peldaños muy angostos y empinados. Esos peldaños siempre aparecerán en mis pesadillas, porque ahora sé qué significan. En ese momento, no distinguía si realmente eran peldaños o apenas unas salientes donde hacer pie al bajar por la pronunciada pendiente. Estaba desquiciado, abrumado por los más terribles pensamientos; me parecía que las palabras y las advertencias de los profetas árabes llegaban por el aire hasta mí, cruzando el desierto, desde las tierras que los hombres conocen hasta la ciudad sin nombre, esa que ningún hombre se atreve a conocer. Pero fue tan solo un instante de duda; enseguida traspuse el portal y empecé a descender con cuidado por el túnel empinado, apoyando primero los pies, como si bajase por una escalerilla.

Únicamente en los más terribles desvaríos de la droga o del delirio podría otro hombre haber emprendido un descenso como ese. El angosto túnel nunca llegaba a su final, era un infernal y horroroso pozo. La antorcha que sostenía sobre mi cabeza no llegaba a iluminar el enigma de las profundidades a las que me dirigía. Perdí la noción del tiempo, dejé de mirar el reloj, y me asusté





al pensar cuán hondo estaba bajando. El túnel cambiaba de dirección y de pendiente; una vez se transformó en un pasillo largo, bajo y recto, donde debí arrastrarme por el suelo rocoso con los pies hacia delante, sosteniendo la antorcha con el brazo bien extendido sobre mi cabeza. Tan bajo era el techo que no podía ni arrodillarme. Continuaron después los peldaños empinados y, en un momento, mientras seguía descendiendo a gatas por aquel túnel sin fin, la llama de la antorcha, ya débil, se apagó del todo. Creo que tardé en darme cuenta, ya que cuando finalmente noté que se había apagado, seguía con el brazo en alto, sosteniéndola como si todavía me alumbrara. Extraviado en ese impulso por lo extraño y lo desconocido, me había convertido en un errante, un explorador obsesionado con hallar lugares exóticos, ancestrales, prohibidos.

En la oscuridad, venían a mí como latigazos fragmentos de mi preciado tesoro de saberes demoníacos: frases de Alhazred, el árabe loco, párrafos de las pesadillas apócrifas de Damascius, los versos infames del delirante *Image du Monde* de Gauthier de Metz. Repetía extrañas citas, murmuraba delirios sobre Afrasiab y los demonios que navegaban con él por el Oxus; luego comencé a recitar una y otra vez la frase de uno de los relatos de Lord Dunsany: “la negrura impasible del abismo”. En un momento en el que el descenso se hizo más empinado aún, recité con voz monocorde unos versos de Tomás Moro, hasta que el miedo fue tanto que ya no pude seguir:

Un pozo oscuro, tan negro  
como caldero de bruja  
con sus pócimas lunares  
maceradas en eclipses.  
Me incliné para ver si el pie  
podía cruzar ese abismo  
y hasta donde vio mi ojo  
sus muros eran tan lisos  
como el vidrio más pulido;  
parecían recién pintados  
con la brea que derrama  
el mismo Mar de la Muerte  
sobre sus costas de lodo.



Ya no existía el tiempo cuando mis pies tocaron suelo firme de nuevo. Me encontré en un recinto algo más alto que los dos templos anteriores, que estaban ahora a una distancia tan lejana por encima de mí. No podía erguirme del todo, pero sí podía, arrodillado, enderezar el torso; me arrastré en la oscuridad, extraviado, de un lado a otro. Pronto descubrí que me encontraba en un pasaje

angosto, en cuyas paredes se alineaban unos cajones de madera con frentes de cristal. Me estremecí de espanto al pensar en lo que sugería la presencia de esos objetos de cristal y madera lustrada en aquel lugar paleozoico y abismal. Los cajones, oblongos y horizontales, parecían estar ordenados a cada lado del pasaje a intervalos regulares. Con horror, por su forma y tamaño, imaginé que eran ataúdes. Cuando traté de mover un par para examinarlos, noté que estaban firmemente adheridos.

El pasaje era largo, así que decidí apurarme y avancé reptando bruscamente: quien me hubiese visto moverme así en la oscuridad habría presenciado un espectáculo horrendo. Cada tanto me iba de un lado al otro para comprobar que los muros y los cajones colgados seguían allí. Estamos tan acostumbrados a traducirlo todo a imágenes que casi me olvidé de la oscuridad y realmente creía ver ese interminable pasillo de madera y de cristal en toda su estrecha monotonía. Fue entonces que, en un momento de emoción indescriptible, efectivamente lo vi.

No podría decir cuándo fue que lo que imaginaba observar se fundió con lo que realmente veía, pero un leve resplandor empezó a brillar frente a mí, y supe que vislumbraba los borrosos contornos del pasillo y los cajones, visibles ahora debido a alguna extraña fosforescencia subterránea. Por unos instantes, todo fue exactamente como lo había imaginado, ya que aquel brillo era muy tenue, pero a medida que seguía avanzando como un autómata hacia la luz, cada vez más intensa, me di cuenta de que no había llegado a imaginar ni una mínima parte de lo que allí había. No había en aquel recinto el tipo de reliquias rudimentarias que había encontrado en los anteriores templos: me hallaba ahora ante una expresión artística más magnífica y exótica. Diseños y dibujos exquisitos, vívidos, fantásticos hasta la osadía, formaban un mural sin fin, de trazos y colores más allá de toda descripción. Los cajones de madera eran de un enigmático tono dorado, con frentes de fino cristal; en su interior, yacían los cuerpos momificados de unas criaturas que en su horrorosa fealdad eclipsaban las peores pesadillas que haya tenido un ser humano.

Es imposible empezar siquiera a describir esas monstruosidades. Eran alguna clase de reptiles, con cuerpos que recordaban a veces a un cocodrilo, otras veces a una foca, pero mayormente a nada que resultara conocido para un naturalista o un paleontólogo. Su tamaño era el de un hombre de baja estatura; sus extremidades anteriores estaban dotadas de una suerte de garras delicadas y en apariencia flexibles, curiosamente semejantes a las manos y los dedos humanos. Sin embargo, lo más extraño eran sus cabezas, ya que su contorno iba en contra de todos los principios biológicos conocidos. Ninguna comparación resultaba adecuada: pasaron velozmente por mi mente imágenes tan disímiles como las de un gato, un bulldog, el mítico sátiro, el ser humano. Ni el propio Júpiter tenía una frente tan gigantesca y protuberante; así y todo, los cuernos, la ausencia de nariz y la mandíbula de caimán dejaban a estas criaturas fuera de toda clasificación conocida por el hombre. Durante unos instantes, medité sobre si aquellas momias serían reales o no, y llegué a conjeturar que







podían ser ídolos artificiales, pero pronto llegué a la conclusión de que eran efectivamente especies paleógenas, que habían existido cuando la ciudad sin nombre estaba viva. Para rematar su grotesca naturaleza, muchas de ellas llevaban lujosos atavíos, confeccionados con las más fastuosas telas y cargados de adornos de oro, joyas y desconocidos metales preciosos.

La importancia de esos reptiles debió haber sido enorme, porque ocupaban un lugar primordial entre los exóticos motivos de los frescos que aparecían en muros y techos.

El artista los había retratado con gran maestría en su propio mundo, donde había ciudades y jardines acordes a sus dimensiones; no pude más que pensar que esa representación era alegórica y que quizás exponía el progreso de la raza que los idolatraba. Estas criaturas, me dije a mí mismo, debieron haber sido para los hombres de la ciudad sin nombre lo que la loba fue para Roma, lo que las bestias totémicas, para una tribu de aborígenes.

Con esta hipótesis en mente, pensé que podría reconstruir a grandes rasgos una épica maravillosa de la ciudad sin nombre: la historia de una poderosa metrópoli marítima que gobernó el mundo antes de que África se alzara del fondo del mar, de su lucha cuando el mar se retiró y el desierto invadió el fértil valle que la sostenía. Vi sus batallas y sus triunfos, sus penas y sus derrotas, y luego su pelea impar contra el desierto, cuando miles de sus habitantes —representados alegóricamente por los grotescos reptiles— se vieron obligados a escapar hacia las profundidades, excavando la roca de alguna prodigiosa forma, para hallar ese mundo vaticinado por sus profetas. Todo aquello era vívidamente exótico y realista; era palpable su conexión con el increíble descenso que yo había vivido. Podía, incluso, reconocer los túneles.

Al arrastrarme hacia la luz más brillante, pude ver las etapas posteriores de aquella épica ilustrada: la despedida de la raza que había habitado la ciudad sin nombre y el valle circundante durante diez millones de años, la raza cuyas almas no querían abandonar los lugares recorridos durante tanto tiempo por sus cuerpos, donde se habían afincado como nómades cuando la Tierra era joven, esculpiendo en la roca virgen aquellos primeros santuarios, en los que celebraban

continuamente sus rituales. Ahora que había aumentado la luz, pude analizar las pinturas más de cerca; recordando que los extraños reptiles debían representar a una desconocida raza humana, empecé a especular sobre las costumbres que se seguían en la ciudad sin nombre. Muchas se me hacían rarísimas, inexplicables. Aquella civilización, que había dominado la escritura, parecía haber superado con creces a las culturas muy posteriores de Egipto y de Caldea; así y todo, me llamaron la atención algunas omisiones. No logré encontrar, por ejemplo, ninguna pintura que representase la muerte ni los ritos funerarios, salvo en la guerra, o debido a luchas y plagas; me pregunté por qué nada se diría sobre la muerte natural. Era como si se hubiese alentado el ideal de inmortalidad como una ilusión que reconfortara la vida en la Tierra.

Llegando al final del pasillo, había escenas en las que el pintoresquismo y la extravagancia hallaban su máxima expresión: escenas que contrastaban la desolación y la irrefrenable caída de la ciudad sin nombre con el extraño y nuevo reino, o paraíso, al que la raza había llegado excavando la roca. En estas representaciones, la ciudad y el valle desierto estaban siempre bañados por la luz de la luna, un halo dorado flotando sobre los muros derruidos, y revelando solo en parte la espléndida perfección del pasado, que el artista mostraba de un modo espectral, elusivo. Las escenas paradisíacas, casi demasiado extravagantes para ser creíbles, retrataban un mundo oculto de eterna vigilia, repleto de ciudades gloriosas, de colinas y valles etéreos. Hacia el final, creí ver signos de un anticlímax artístico. Las pinturas se volvieron menos virtuosas, mucho más grotescas, incluso, que la más extravagante de las primeras escenas. Parecían dar cuenta de la lenta decadencia de la antigua raza, a la vez que exhibían una creciente ferocidad hacia el mundo exterior, del que la raza había sido expulsada por el avance del desierto. El cuerpo de esos seres —representados siempre como reptiles sagrados— parecía ir difuminándose gradualmente, aunque aumentaba en proporción su espíritu, que aparecía flotando por encima de las ruinas iluminadas por la luz lunar. Maldecían el aire de la superficie y a quienes lo respiraban unos sacerdotes demacrados, dibujados como reptiles con ornadas túnicas; en una terrible escena final, un hombre de aspecto primitivo —quizá un pionero de la antigua Irem, la Ciudad de los Pilares— era despedazado por los miembros de la raza ancestral. Recordé el pánico que los árabes le tenían a la ciudad sin nombre, y me alegré al ver que, a partir de ese punto, ya nada había en los grisáceos muros ni en el techo.

A medida que seguía la historia que el mural relataba, me había ido acercando al final del recinto de techo bajo; llegué hasta una gran abertura, desde la que provenía toda la extraña fosforescencia. Me arrastré hasta allí, y lancé un interminable alarido de asombro ante lo que veía del otro lado. En vez de descubrir nuevas cámaras, más iluminadas, solo había un vacío ilimitado de uniforme resplandor, tal como uno imagina que sería la vista desde la cumbre del Everest: un mar de bruma encendida por el sol. Detrás de mí, un túnel tan estrecho que no podía ponerme de pie; delante de mí, un infinito fulgor subterráneo.





Desde el túnel y adentrándose en el abismo, había un pronunciado tramo de escaleras, con pequeños y numerosos peldaños, iguales a los de los negros pasadizos que ya había recorrido, aunque enseguida aquella bruma lo ocultaba todo. Abierta de par en par, contra el muro de la izquierda, había una gigantesca puerta de bronce, increíblemente gruesa, con fantásticos bajorrelieves; si se cerraba, el portal podría aislar completamente ese mundo interior de luz de todas las bóvedas y pasadizos de roca. Miré los peldaños, y por el momento no me atreví a bajar. Intenté mover la puerta de bronce, pero no lo logré. Entonces, me tiré boca abajo en el piso de piedra, con la mente perdida en monstruosos pensamientos que ni siquiera mi infinito cansancio podía disipar.

Mientras estaba acostado allí, los ojos cerrados, la mente divagando, volvieron a mí muchos detalles que había visto al pasar en los frescos, ahora con un significado nuevo, terrible: escenas que representaban a la ciudad sin nombre en su esplendor, la vegetación de su valle, las distantes comarcas con las que sus mercaderes comerciaban. La alegoría de los reptiles me desconcertaba por su universalidad; no entendía por qué se insistía con ese motivo en una pictografía de tal importancia. En los frescos, se representaba a la ciudad sin nombre en una proporción acorde a la de los reptiles. ¿Cuáles habrían sido sus proporciones reales, su verdadera magnificencia? Medité un momento sobre algunas rarezas que me habían llamado la atención en las ruinas. Me extrañaba la bajísima altura de los arcaicos templos y de los pasadizos subterráneos, tallados sin duda en honor a las deidades reptiles que allí se veneraban, aunque ello obligara a sus fieles a arrastrarse. Quizá los ritos habían consistido justamente en imitar el movimiento de las criaturas veneradas. Pero ninguna teoría religiosa podía explicar por qué el techo del pasillo horizontal al que había llegado en mi aterrador descenso era tan bajo como el de los templos, o más bajo aún, ya que allí ni siquiera era posible arrodillarse. Al pensar en esos reptiles, en sus espantosos cuerpos momificados que estaban tan cerca de mí, sentí de nuevo una punzada de terror. La mente hace asociaciones muy extrañas: me sobrecogí al pensar que, excepto por aquel pobre hombre primitivo cuya carne había visto desgarrada en la última pintura, la mía era la única forma humana entre todas aquellas reliquias y símbolos de la vida ancestral.

Pero, como siempre en mi particular, errante existencia, el asombro pronto venció al miedo: ese abismo luminoso y lo que podía encerrar planteaban un desafío a la altura del más intrépido explorador. Estaba convencido de que, al pie de aquella escalera de peldaños tan pequeños, había un extraño, misterioso mundo; era mi esperanza encontrar allí los registros de vida humana que no había en las pinturas de los túneles. En los frescos se habían representado las increíbles ciudades, colinas y valles de este reino de inframundo; imaginaba ahora cada detalle de las exquisitas, colosales ruinas que me esperaban.





Mis temores, en verdad, se relacionaban más con el pasado que con el futuro. Ni siquiera el horror físico de mi agobiante situación en aquel estrecho pasaje, acorralado entre reptiles muertos y frescos antediluvianos, kilómetros por debajo del mundo que conocía, y enfrentado a la perspectiva de otro mundo de fantasmagóricas luces y nieblas, podía igualar el miedo mortal que sentía ante la abismal antigüedad de la escena, y de su alma. Una antigüedad tal que hacía imposible cualquier cálculo parecía emanar de las arcaicas piedras y los templos tallados en roca de la ciudad sin nombre; los últimos de los asombrosos mapas trazados en los frescos exhibían océanos y continentes ya olvidados por la humanidad, de contornos que solo en algunos lugares eran apenas reconocibles. ¿Quién podría saber qué había sucedido en los eones geológicos transcurridos desde que se interrumpieron los pictogramas y aquella raza amante de la inmortalidad había tenido que enfrentar a regañadientes su ocaso? En estas cavernas y en el refulgente reino inferior, alguna vez había bullido la vida; ahora yo era el único ser allí, entre esas vívidas reliquias, y temblaba al pensar en los incontables siglos durante los que habían guardado su silenciosa, desolada vigilia.

De pronto, una punzada de agudo temor me atravesó de nuevo, la misma que cada tanto me asaltaba desde que había visto por primera vez el terrible valle y la ciudad sin nombre bajo la luna de hielo. A pesar de mi agotamiento, me incorporé automática, frenéticamente, mirando a través del oscuro pasadizo hacia los túneles que subían al mundo exterior. Mi sensación era semejante a la que me había hecho rehuir la ciudad sin nombre la primera noche, y resultaba tan inexplicable como apremiante. Poco después, sentí un espanto aún mayor al oír un ruido muy claro, el primero que interrumpía el silencio absoluto de esas profundidades de tumba. Era un gemido grave y hondo, como el de una distante multitud de almas en pena, y venía del lugar hacia donde yo miraba. El rumor creció rápido, enseguida reverberó horriblemente en aquel bajo pasadizo. A la vez, sentí el golpe de una corriente de aire frío, cada vez más intensa, que también provenía de los túneles y de la ciudad. El golpe de ese viento me devolvió un poco la cordura, ya que de inmediato recordé las ráfagas que súbitamente se levantaban en la entrada del abismo cada amanecer, cada crepúsculo, una de las cuales de hecho me había mostrado el ingreso a aquellos túneles escondidos. Miré el reloj: faltaba poco para la salida del sol. Me sostuve firmemente para resistir el vendaval que volvía a su caverna madre, de regreso de su viaje iniciado al atardecer. Mi miedo se disipó una vez más: ante un fenómeno natural, suelen esfumarse las fantasías sobre lo desconocido.

Cada vez golpeaba con más violencia ese quejumbroso, aullante viento nocturno, al ingresar enloquecido al inframundo. Nuevamente me tiré boca abajo, agarrándome como pude del suelo, en mi pavor de ser arrastrado a través del portal y caer en el abismo fosforescente. No había esperado tal furia; al darme cuenta de que me estaba resbalando hacia el abismo, me asaltaron mil nuevos terrores nacidos del recelo y la imaginación. La cólera de aquella corriente despertó en mí terribles especulaciones; una vez más, me comparé estremecido con la única



otra figura humana en ese horroroso pasaje, el hombre despedazado por la raza sin nombre, porque en los infernales zarpazos de aquel viento arremolinado parecía habitar una rabia vengativa, que la impotencia tornaba más intensa aún. Creo que al final grité frenéticamente, ya totalmente fuera de mí; si así fue, mis gritos se perdieron en aquel babélico infierno de espíritus aullantes. Traté de protegerme arrastrándome contra aquel invisible torrente homicida, pero no podía asirme de nada: ese viento me empujaba lenta, inexorablemente, hacia el mundo desconocido. Finalmente, debí haber perdido del todo la razón, porque me derrumbé entre balbuceos, repitiendo una y otra vez aquel enigmático dístico de Abdul Alhazred, el árabe loco que había soñado con la ciudad sin nombre:

*Nunca le llega la muerte a lo que por siempre yace  
y en extraños conos hasta la muerte muere.*

Solo los adustos, inclementes dioses del desierto saben lo que en verdad sucedió: qué forcejeos y peleas indescriptibles soporté en la oscuridad, o qué Abadón me condujo de nuevo a la vida, donde siempre recordaré y temblaré con el viento nocturno, hasta que el olvido —o algo peor— me reclame. Todo aquello fue monstruoso, espeluznante, sobrenatural: nada de naturaleza humana se le compara, excepto en la hora muda, atroz, del insomnio.

Dije que la furia de aquellas ráfagas azotadoras era infernal, cacodemoníaca, y que sus aullidos eran aterradores, voces carcomidas por el horror de eternidades en la desolación. Breves instantes después, esas voces, si bien caóticas, empezaron a tomar cierta forma en mi mente afiebrada. En aquellas profundidades, en la tumba de innumerables reliquias desaparecidas hacía infinidad de eones, leguas por debajo del mundo amanecido de los hombres, pude distinguir los horrendos gruñidos y maldiciones que proferían unos demonios en extrañas lenguas. Al darme vuelta, vi contra el éter fosforescente del abismo lo que en la oscuridad del pasadizo era imposible divisar: una horda pesadillesca de demonios en movimiento, semitransparentes, transfigurados por el odio, vestidos con los más horrendos atavíos; demonios de una raza que ningún hombre podría confundir: las criaturas reptiles de la ciudad sin nombre.

Cuando se calmó el viento, me hundí en la absoluta negrura de las entrañas de la tierra; detrás de la última de las criaturas, la gran puerta de bronce se cerró de golpe, con un estruendo ensordecedor de música metálica: sus reverberaciones se propagaron hasta el lejano mundo de la superficie, para saludar al sol naciente, como lo saluda Memnón desde las orillas del Nilo.